

PUBLICACIONES DE LA « REVISTA CIENTÍFICO-MILITAR »

LA COOPERACIÓN DE LOS INGLESES
EN LA
GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

DISCURSO

LEIDO EN EL ATENEO DE MADRID, LA NOCHE DEL 19 DE ABRIL DE 1887

POR EL

General D. JOSÉ G. DE ARTECHE

De la Real Academia de la Historia



1887

BARCELONA

BAILEN, 27



Señores:

DIFÍCILMENTE hallaréis en la historia de nuestra patria asunto que haya provocado polémica más larga ni discusiones más ardientes que el importantísimo de la cooperación inglesa en la guerra de la Independencia. Los que, seducidos por la fama de la formalidad británica, vayan á dar fe á los historiadores del Reino Unido en sus relaciones de las memorables campañas de la Península, creerán que el éxito se debió tan sólo á esa cooperación.

Uno de ellos, detractor, el más encarnizado, de los españoles, el señor Napier, ha escrito en su tan conocida historia de aquella guerra lo siguiente : «Los abundantes socorros de la Inglaterra, y el valor de las tropas anglo-portuguesas, mantuvieron solos la guerra. La energía con que Wellington resistió la furia de los franceses y contrarrestó la debilidad y la ineptitud de tres gobiernos, salvó á la Península.»

Y no es eso lo peor, sino que así lo han repetido sus compatriotas haciéndole coro, y hasta sus enemigos y nuestros de entonces, para arrebatár á España la gloria que en justicia le corresponde por la firmeza y rara constancia que desplegó en aquella solemne ocasión. Y es que los grandes reveses se quieren atribuir, lo mismo que los beneficios, á los poderosos de la tierra, nunca á los débiles, porque así se halaga á la propia vanidad, aun cuando sea en menoscabo de la honra.

Pero ese concepto (lo diré con las mismas palabras de Napier, en sentido inverso sin embargo), ese concepto es injusto para la reputación

de la nación española, es injurioso para la gloria de nuestras armas, y, como español y como soldado, debo rechazarlo con los argumentos, nunca rebatibles, de la verdad.

¿Qué proporciones llegó á tener la intervención inglesa, y cuál fué el límite que le cupo alcanzar en lucha tan larga y porfiada?

Eso me propongo, señores, discutir en esta conferencia, en que, sin negar que fué muy importante la cooperación de Inglaterra, espero llevar á vuestro ánimo el convencimiento de que otras fueron las causas de mayor influencia en el éxito de aquella lucha de siete años, mantenida principalmente por el valor y la inquebrantable pertinacia de los españoles. ¿Cómo he de escatimar yo el elogio que merecen la energía y la solidez de los soldados ingleses, el talento de sus generales y la iniciativa de su Gobierno, para obtener, eso sí, con el deseado fruto de la independencia de la Península, el de salvar á su misma patria, y con ella también á la Europa toda, de la degradante humillación de que se veía amenazada?

No: yo aspiro á, sin dejarme llevar de prevención alguna desfavorable, inspirándome, por el contrario, en la gratitud que embarga mi alma, mostrarme, más bien que detractor, apologista de ese Gobierno y de esos generales y soldados que vinieron á derramar su sangre generosa á España; pero juzgándolos, tanto en su conducta política como en sus operaciones militares, no por el eco de sus cronistas, sino á la luz de la equidad histórica, cuando se trate de sus relaciones con nuestros ejércitos, y, siempre, como he dicho antes, á la de la verdad.

Me repugna el papel de demolidor. Así como me es odiosa la memoria de un Eróstrato ó un Morosini por sus hazañas de Epheso y del Parthenón, me disgusta la tarea de esos Aristóphanes que andan en busca de lunares en la fisonomía y en la historia de los grandes hombres. Huyendo de la lisonja, no quiero caer, y menos encenagarme, en la diatriba: soy amante de la justicia, y no la sacrifico por las afecciones más legítimas ni por las antipatías más fundadas.

El asunto es, como veis, si difícil en su desempeño, grandioso también y simpático, sobre todo para esta docta asamblea, donde tan feliz acogida reciben las expansiones del patriotismo, apoyadas en la razón y con tales propósitos ofrecidas.

¡Lograra yo, como deseo, darle todo el interés que entraña y se os debe á vosotros, apreciadores tan exactos, jueces tan competentes en las lides literarias, y daría las vigilias que me cuesta su elaboración por fructuosa y gratamente empleadas!

Recordaréis, Señores, la lamentable historia de nuestra lucha con Inglaterra, casi constante desde el advenimiento de la dinastía Borbónica al trono de España. Las piraterías de Drake, legendarias en el país, con ir acompañadas de secuestros, incendio y sangre, no hirieron el orgullo de los españoles lo que la conquista de Gibraltar y su conservación en poder de la Gran Bretaña. Yo, al revés que otros, no condeno ni una ni otra: la proverbial negligencia nuestra provocó é hizo posible la sorpresa de una plaza que asistía á todas horas al espectáculo de las escuadras inglesas que pasaban el Estrecho, cargadas de tropas con la bandera también del Archiduque; y el egoísmo de Luis XIV, y la humilde sumisión de Felipe V á los preceptos, que tomaba por paternales, del *Gran Rey*, sancionaron un despojo que, en caso, debiera haber reclamado para sí el pretendiente austriaco. Yo, que huyo siempre de halagar pasiones, ni aun las más legítimas, culpo al pueblo español, lo mismo que por su inercia de entonces, por su indiferencia después, ante borrón tan negro como el que imprime una bandera extraña en el solar patrio. Mostrárase la Nación lo viril que en otras ocasiones, quizás no tan solemnes; y su vitalidad, tantas veces demostrada, la energía de que en tantas otras ha dado pruebas y su constancia ingénita, la hubieran librado de esa bochornosa conmiseración con que la miran las demás que, después de todo, no reúnen condiciones y calidades tan excelentes. Es necesario decir la verdad á los pueblos como á los hombres: España no debió sancionar el tratado de Utrecht, ni otro alguno, sin la devolución de Gibraltar; no ha debido hacer paz y menos alianza con Inglaterra en que no se pactara la previa entrega del célebre Peñón; y los sitios de 1704, 1727, 79 y 82 no han debido ser sino episodios de uno solo, ininterrumpido, eterno, hasta la feliz restauración de la integridad de nuestro suelo. En lugar de eso, al querer los ingleses poner de manifiesto la sinceridad de su alianza en los comienzos de la guerra de la Independencia, nos exigieron la demolición de las fortificaciones del campo de San Roque, levantadas para defendernos de ellos; y no pasa día en que no se cuente una nueva usurpación en el terreno, malamente llamado neutral, que no hay tratado que no declare legítimo nuestro, y que hemos ido cediendo por una errada filantropía, por debilidad punible ó ignorancia de nuestros gobiernos, insólita en los demás.

Estas ideas os harán, Señores, comprender que deseo inspirarme tan sólo en un espíritu de justicia todo lo recto que me sea posible, y cuán lejos estoy de ofrecer una censura sistemática de la conducta de

los ingleses en sus relaciones con España, aun siendo tantos los motivos que nos han dado para anatematizarla.

Pero, os lo digo con la mayor sinceridad: ¿qué se puede esperar de los que en plena paz acometían á nuestras fragatas para apropiarse los caudales que conducían de América, asaltaban después el Ferrol, las Canarias, Buenos Aires, y destruían en Trafalgar la armada española, para, años andando, no hace mucho, imponer además su veto á nuestras justísimas aspiraciones en el continente africano?

Al verificarse la invasión francesa y descubrirse la negra perfidia, de Napoleón para, poniendo la corona española en las sienes de su hermano predilecto, completar el sistema continental según lo acordado en Tilsit con el zar Alejandro, nuestros puertos de Europa, y no pocos de los de Ultramar, estaban bloqueados por las naves inglesas. El grito del DOS DE MAYO, y su eco en las provincias libres de la presencia de los franceses, fueron como la señal para la reconciliación de España con el Reino Unido; comunicándose inmediatamente sus impresiones las autoridades de nuestro litoral con los jefes ingleses, y llevando á Londres, aquéllas, la voz de sus ruegos por subsidios militares con que emprender la guerra, y los últimos la de sus simpatías por causa tan justa y tan conveniente, á la vez, á los intereses del gabinete de San James. Y como si no se esperase más que aquella señal, un pretexto cualquiera, sin, necesidad de motivos poderosos como aquél, ingleses y españoles se dieron las manos, jurándose amistad eterna y odio también al soberbio Emperador y á sus legiones, nunca hasta entonces contrarrestadas con fortuna.

Ni España se había visto en más apremiante necesidad de alianzas, ni Inglaterra en ocasión más propicia para sus planes contra la Francia, ocasión presentida desde 1805 por su eminente estadista M. Pit, pero ni soñada por otros que, en presencia de los comisionados de Asturias, buscaban en el mapa el punto casi imperceptible que se atrevía á declarar la guerra al grande Emperador, su enemigo. La independencia de la Península era ya para la Gran Bretaña la sola áncoa de salvación que le quedaba, si había de ejercer algo de su antigua influencia en Europa y si había de acabar con éxito la crisis comercial y financiera en que la tenía tan seriamente comprometida el bloqueo continental. De modo que la cooperación inglesa no era el resultado de un arranque generoso, como el de un hombre que expone su vida por defender la de otro, llevado de una abnegación sublime, no; eso no lo hacen las naciones: fué, sobre todo, un rasgo de instinto político, cuyas

consecuencias, comprendía la previsión menos perspicaz, habrían de ser el recobro de la anterior preponderancia en los asuntos políticos del mundo, su libertad de acción y la salvación de su industria y su comercio, los intereses más preciados de la Inglaterra, tan utilitaria como arrogante. «La Inglaterra,—dice el anglomano Sarrazín,—cuyos intereses comerciales se fundan en la independencia del continente, se apresuró á aceptar las ofertas de amistad de los portugueses y españoles.» Porque mediaba, además, una circunstancia que los historiadores ingleses se resisten á tomar en cuenta cuando pretenden exigirnos la gratitud de los sacrificios hechos por la independencia de España, que hasta la ocultan cuidadosamente. Esa circunstancia es la de que, al intervenir con su acción militar en la Península, guardaban cosa que tenían por casi propia, cuidándola como tal y protegiéndola siempre de cuantos peligros había corrido contra todo género de codicias. Portugal era y sigue siendo para los ingleses rama cargada de fruto que es necesario explotar, cuña con que tener constantemente abierta la honda y canerosa llaga que debilita á España, y mansión de donde influir hasta con sus armas en el Occidente de Europa, á cuya tutela aspiran. Muy luego oiréis todo esto arrancado á las confesiones de esos historiadores y de su mismo ídolo, cuando os demuestre que la misión principal, casi exclusiva, de ese General insigne y la de todos sus colegas era la de la conservación de Portugal; llegando ocasiones, y verdaderamente solemnes, en que disculparon su inacción con mandatos expresos de su Gobierno en ese sentido.

Y aún cuando yo no sacara aquí á luz esos textos tan elocuentes, os lo demostrarían las operaciones militares que constituyen la historia de aquella lucha extraordinaria.

Propagado á las provincias el incendio que produjo la ira de los madrileños, no esperaron los españoles, para alzarse en armas, á las que pudiera Inglaterra proporcionarles, ni á que acudiesen en su ayuda los batallones británicos; sino que, empuñando las primeras, ni reglamentarias ni buenas, que pudieron tener á mano, y organizándose ó no según los preceptos del arte militar, declararon la guerra al grande Emperador con la confianza puesta en Dios y en su esfuerzo para vencerle. Y Cataluña, sin plazas de guerra, ni ejército alguno que la defendiese en trance tan duro, buscó en sus voluntarios los soldados de que carecía, y en sus montañas fortalezas como las que tan arteramente le habían

sido arrebatadas; Valencia, no satisfecha con crear tropas que defendiesen la capital y el vasto arsenal de Cartagena, las adelantó al Cabriel y Sieteaguas; Andalucía organizó un ejército con tal previsión militar que negó la entrada de todo voluntario ó recluta en cuerpo que no fuera de los veteranos allí existentes, ó de los fugados de Portugal; Extremadura y Galicia, con tropas de esta misma procedencia, formaron también núcleos de acción militar que muy pronto saldrían á campaña; y Asturias, por fin, y Castilla y Aragón, los crearon de una resistencia que, aun con caracteres distintos, dió medida igual de la gloriosa que habían de ofrecer á la invasión de que eran objeto. El Bruch y el Ordal fueron testigos del patriotismo de los migueletes, rivales de aquellos fieros almogávares, terror y admiración del Oriente; Valencia hizo retroceder á Moncey, uno de los mariscales más célebres; Bailén inició la decadencia del Imperio y la ruina del coloso, su primer representante; y Zaragoza anunció al mundo que no se había extinguido la raza de los defensores y mártires de Numancia y Calahorra.

Las victorias, sobre todo, de Cataluña, de Valencia y de Bailén, demostraron con sorpresa general que los *invencibles* habían dejado de serlo; y esto en España, el país que ellos tenían por sumido en la ignorancia más crasa y el abatimiento más vergonzoso.

¿Se había necesitado de los ingleses para alcanzar triunfos tan gloriosos? ¿Dónde se hallaban, y por qué no acudían á prestarnos un socorro tan urgente, si España no se bastaba para su defensa, y que después han preconizado como decisivo en tan desigual contienda?

Ofrecieron, sí, el desembarco en Cádiz de una división para tomar parte en las operaciones que iba á emprender el ejército de Andalucía; pero la junta de Sevilla, de acuerdo con Castaños, no aceptó la oferta, aun agradeciéndola; repulsa tachada entonces de arrogante por nuestros aliados, y que negaron después al verla justificada por el éxito inesperado de la campaña. Lo cierto, de todos modos, es que nadie en España se acordó de los ingleses en aquellos días de prueba tan arriesgada contra el poder más formidable de los tiempos modernos.

Hay más: en Cádiz se acometió una empresa que, por ser principalmente marítima, parecía exigir la cooperación de los ingleses si había de dar el resultado apetecido: el de la rendición de la escuadra francesa de Rosilly, surta en aquella bahía. Y, sin embargo, se ejecutó por los españoles solos, con sus recursos marítimos y la eficaz ayuda de las baterías de tierra, sin intervención de género alguno por parte de los navíos ingleses que la presenciaron, pero de alta mar, de muy lejos.

He dicho, en son de pregunta, que dónde se hallaban los ingleses, y hay que reconocer que ya habían pisado el suelo peninsular y en número considerable, formando ejército perfectamente organizado, y dirigido por generales de reputación ya hecha y merecida. Su caudillo, el tan célebre después Sir Arturo Wellesley, había tocado en España con las naves que conducían las tropas de su mando y héchose en la Coruña con noticias que calificó en sus *Despachos* de favorables en alto grado á la causa común, si bien comprendiendo á la vez que no sería bien mirado de los españoles un desembarco allí de las fuerzas británicas, ya por efecto de esas mismas noticias, que lo hacían considerar como innecesario, bien por orgullo nacional ó por temor á una acción, así como preventiva, de los aliados en aquel puerto y el del Ferrol. ¡Tales recelos levantaba en el ánimo de los españoles la intervención militar de quienes de siglos antes andaban espiondo la ocasión y el camino por donde destruir nuestros medios y recursos marítimos!

No ponía tampoco el General inglés grande empeño en ejercitar sus armas en España: su misión más importante le llamaba á Portugal, objeto siempre de la predilección de la Gran Bretaña en la Península.

Así es que, sin perder tiempo ni aguardar nuevas repulsas de la Junta de Galicia, hizo rumbo á Lisboa, buscando en la costa punto cómodo en que desembarcar, propio, además, para desde él emprender las operaciones contra el ejército del general Junot, que, desde el año anterior, ocupaba militarmente aquella capital y una gran parte del reino portugués. Y desembarcando en la boca del Mondego con mil dificultades, y arrollando un cuerpo avanzado de los franceses en Roliça, los batió en Vimeiro en batalla campal, mil veces después comparada con la que inmortalizó al general Castaños.

Pero ¡qué diferencia! Bien patente se hace con sólo decir que en el artículo primero de la capitulación de Bailén se consignaba que el cuerpo de ejército del general Dupont quedaba prisionero de guerra, y, en el de la convención de Cintra, que el ejército de Junot cedería todo el Portugal á los ingleses, pero no sería considerado como prisionero de guerra y sí conducido á Francia con artillería, armas y bagajes. Así, mientras en España la victoria alcanzada en los campos andaluces enloquecía de entusiasmo, y puro y sin sombra alguna, á nuestros compatriotas, la prensa inglesa se desataba en denuestos contra los negociadores de Cintra, el Parlamento pedía cuenta á los Ministros de tamaño desacierto, el Gobierno encausaba á los generales Dalrymple, Burrard y Wellesley, que habían autorizado el convenio; y prensa y Parlamento,

la opinión pública unánime, proclamaba la humillación de las armas inglesas ante las de la noble y gloriosa España nuestra patria.

Y, como si eso no bastase á demostrar la ineficacia de la intervención armada de la Gran Bretaña en sus primeras operaciones, vino á parecerlo aún más con la malograda expedición del general Sir John Moore, digno, eso sí, de eterna loa por su valor, sus talentos y su gloriosísima muerte, sólo comparable con la de Epaminondas, el célebre restaurador de la libertad tebana. John Moore no perdió un solo combate: lo mismo que en Rueda, en Sahagún y Castro Gonzalo, venció á los franceses en Cacabelos y la Coruña, su Mantinea; pero ¡qué de decepciones produjo su acción militar en los españoles! ¡de qué atropellos no hizo víctimas á los pueblos de su tránsito! ¡cuán defraudadas dejó las esperanzas de nuestro Gobierno y las aspiraciones de nuestros generales!

Resultado: que España quedó abandonada á sí misma, sin más recursos que los suyos propios. Y así, á las derrotas de Zornoza, Espinosa de los Monteros, Burgos y Tudela, que quizás hubiera evitado Jhon Moore, ó, por mejor decir, la Inglaterra, andando más previsora y diligente, sucedieron las de Ueles y Valls, las de Ciudad Real, Medellín y Oporto, que ofrecieron, sin embargo, una particularidad más que notable, extraordinaria: la de que los vencedores, en lugar de proseguir el triunfo hasta completarlo en Cádiz y Lisboa, hubieron de retroceder temblando de los efectos de aquel espíritu nacional que se levantaba cada vez más ardiente y entusiasta para reconstituirlos ejércitos vencidos y animarlos á la venganza.

Lo he dicho en otra parte: «No conocemos ejemplo igual en la historia militar de ningún otro pueblo. Vendrán los extranjeros á decirnos que Napoleón, concentrando un grande ejército á la vista de los nuestros, codiciosos de envolverlo y de repetir su hazaña de Andalucía, supo y logró aventarlos como aventa el huracán las arenas del desierto. Nos añadirán que cruzó el Ebro y se extendió por las Castillas sin contrarresto que paralizase sus movimientos más que por breves instantes, apoderándose de la capital, de donde haría irradiar sus ejércitos para establecer un dominio indisputable en toda la Península. Él no veía en los horizontes de su ambición sino una nubecilla. mejor dicho, una sombra, la que en ellos proyectaba el ejército inglés, que, según su frase favorita, hundiría en el mar. Pero no contaba, á pesar de la lección de la campaña anterior, con la altivez, el desapropio y la constancia de un pueblo que enseñanzas antiguas bien elocuentes debían haber mos-

trado á su privilegiado entendimiento como digno de respeto y áun de ser temido. »

«El que después de una campaña feliz en los albores de su grandeza había sabido imponer el tratado de Campo Formio; el que con la sola batalla de Marengo había reconquistado la mayor y mejor parte de Italia; el que repartió generoso reinos á amigos y parientes, y grandes ducados á sus generales; reinos y ducados que ganara en Austerlitz; quien, por fin, acababa de someter en meses, en semanas, la Prusia, venciendo á los discípulos favoritos del gran Federico, y á los rusos y su Emperador en las sangrientas jornadas de Jena y de Friedland; ¿cómo había de creer que la decaída España, sin soldados ni cañones, sin genios militares á su frente, ni administración ni hacienda; sin nada, de lo que constituye la grandeza de las naciones; iba á hacer estériles sus gigantescas concepciones y burlarse de su poderío?»

Pero hé aquí que reaparece la nubecilla que, hundida en los mares del Norte, se levanta de nuevo en los de Occidente, dispuesta á soltar los vientos y los rayos de que vuelve preñada.

¡Talavera! ¡Qué recuerdos despierta su solo nombre! ¡Qué de entusiasmos no provoca! ¡Talavera! Son muchos los españoles que aun creen que en sus campos se libró la batalla más decisiva de aquella guerra; la salvadora de nuestra independencia: tan hábiles parecieron las operaciones preliminares; tan ruda y ejecutiva la pelea.

Y, sin embargo, nada hay más lejos de la verdad.

Los ingleses han hecho de aquella jornada su más brillante epopeya: dieron su nombre como título de gloria al afortunado General que, de Sir Arturo Wellesley, pasó con él á ser lord Vizconde Wellington de Talavera; derramaron por el mundo entero los planos que la representan, los periódicos, folletos y libros que la describen, las poesías que la glorifican. Pero, al recordar que hubo á su flanco, peleando bizarramente, soldados que no habían nacido en Inglaterra, fué para denigrarlos con los más bochornosos epítetos y atribuirles ser el motivo único de la esterilidad del combate, de una retirada que, más que retirada, parecía fuga, y del retraimiento á que ellos volvieron en Portugal, su reducto de seguridad y su Capua.

Me explicaré:

Después de la campaña de Oporto, en que el mariscal Soult, en vez de ceñirse la corona de la Lusitania septentrional, con que soñaba, hubo de acogerse á Galicia con dos terceras partes de su cuerpo de ejército, sin artillería ni bagajes, vencido y derrotado; Wellesley, que debió per-

seguirlo hasta el centro de la Península, con lo que no se hubiera podido reorganizar, ni Ney salvarse de una capitulación en Santiago ó Lugo, se trasladó á Santarén para, en unión con nuestro general Cuesta, ir por Talavera al encuentro de Víctor, y, arrollado éste, echar de Madrid al Intruso.

Y ¿qué sucedió?

Que, repuesto Soult de su reciente descalabro á favor de la tranquilidad en que se le dejó en Zamora; reconcentrado Ney en León tras el revés de Puente San Payo, tan vergonzoso para sus tropas, vencidas por las bandas gallegas y reforzándose los dos mariscales con el 5.º cuerpo, que mandaba su colega el Duque de Treviso; se cernía en las cumbres de la cordillera divisoria de Duero y Tajo, primero sobre el flanco y después, sobre la retaguardia del ejército combinado, uno enemigo de más de 60,000 hombres. Y Wellesley lo ignoraba, á pesar de haber establecido en la frontera inmediata á Ciudad-Rodrigo á su teniente el general Beresford con 15,000 portugueses; y en esa ignorancia, rayana del abandono de toda precaución y del olvido de todo principio del arte militar, decidía en Casas del puerto de Miravete avanzar con Cuesta por el valle del Tajo, en que no había alternativa más que entre vencer á Víctor y seguir á Madrid ó ser vencido y quizás derrotado por Soult.

¿Era eso hábil, ni siquiera prudente, en quien ya proclamaba la opinión un Fabio?

Tan torpe estuvo en aquella ocasión Wellesley, que el rey José, comprendiéndolo perfectamente, concertó con sus generales de Madrid un plan que consistía en resistir él y Víctor de frente, mientras Soult, á quien llevó el general Foy la comunicación de aquel pensamiento, bajaría de Salamanca y Béjar á Plasencia para caer á espaldas de los aliados, colocados así en la misma situación que Dupont en Bailén. Si Soult, no dejándose dominar del espíritu de indisciplina de que tantos ejemplos había dado ya en España, y de los celos y discordias que devoraban á los demás generales franceses en ausencias de Napoleón, hubiera obedecido inmediatamente, el día de Talavera habría sido el de la destrucción del ejército anglo-hispano, y quién sabe si el último de nuestra independencia.

Afortunadamente, no obedeció con la premura y la exactitud necesarias; y, triunfantes Wellesley y Cuesta, tuvieron tiempo para neutralizar el efecto de su primer error y evitar el de los que aun habían de cometer. Porque el inglés, al saber el avance de Soult á Pla-

sencia, se dispuso á salirle al encuentro y hasta se adelantó á Oropesa; y, creyéndose bastante fuerte para separarse de su colega, lo dejó en Talavera á defender á sus heridos de una reacción ofensiva de Víctor, situado de nuevo en la margen del Alberche. Ese otro error, que Cuesta quiso corregir uniéndose á Wellesley en Oropesa, hubiera costado muy caro sin la precipitación del General inglés, sordo á todo género de representaciones, en pasar á la izquierda del Tajo con sus tropas, dejando á las españolas en Puente del Arzobispo, donde días después pagaban con un desastre su abnegación para con los ingleses, cuyas espaldas guardaban en aquella que, como ya he dicho, mejor que de retirada, ofrecía los caracteres de una huida.

Y todo ¿por qué?

Porque desde la conferencia de las Casas del Puerto se apoderó de Wellesley la ambición del mando supremo, que yo no quiero censurarle, siendo partidario de la unidad en él, pero sí los medios que puso en juego para obtenerlo ó vengarse si no. Al salir de la conferencia el 13 de julio de 1809, escribía á Mr. Frere quejándose de Cuesta, contra quien ya trabajaba en Sevilla el representante inglés, deseoso de verle sustituido por el Duque de Alburquerque; el 24 se negaba á cruzar el Alberche, tan sólo porque el día antes no había creído prudente hacerlo el General español; el 26 no le apoyaba en su movimiento retrógrado de Alcabón; el 29 se negaba también á proseguir la victoria de Talavera, y el 6 de agosto huía á Deleitosa, dejando á los españoles solos al frente de 80,000 franceses.

Porque no vayáis tampoco á figuraros que aquellas tropas, que con justicia pasan por ser las más sólidas en el campo de batalla, no se dejaran á veces influir de pánicos, en ocasiones injustificados; que en esa misma acción de Talavera se entregaron muchos de sus soldados y varios oficiales á la fuga más desordenada, no parando, la noche del 27, con parte de los nuestros, hasta Oropesa. No hay diferencia entre unos y otros sino en que Cuesta hizo pública la defección de los españoles, fusilando á muchos de los fugitivos para escarmiento de los demás, y Wellesley dejó impune la de los suyos, creyendo así evitar el escándalo que se produciría divulgándose la causa con el castigo de los culpables.

Y no sólo en Talavera al mando de Wellesley, sino que antes de la retirada de Galicia bajo el de John Moore, general tan exigente respecto á disciplina que era motivo de orgullo en el ejército inglés el haber servido á sus órdenes, hízose la marcha en tal desorden, que el

camino quedó cubierto de caballos desjarretados, de equipajes deshechos, de cañones y carros de municiones dispersos ó volcados en las barrancadas próximas, y hasta de cajas de caudales abandonadas por los regimientos, entre ellas la del tesoro del ejército, que también cayó en poder de los franceses. Aun teniendo la escuadra inmediata, los ingleses abandonaron más tarde, en 1813 y al desistir del ataque de Tarragona, la mayor parte del tren de sitio desembarcado, sin cuidarse tampoco, en su reembarque, de un cuerpo considerable de españoles, que, así, quedó en una situación sumamente comprometida por haber acudido á aquella empresa cruzando con la mayor temeridad por entre los enemigos.

Y es tanto más de extrañar ese desdén que hacia nosotros afectan, cuando, en los dos últimos siglos, respeto, ya que no admiración, deberíamos inspirar á los soldados de la Gran Bretaña, si vencedores, casi sin excepción, de los franceses, vencidos en muchos trances por los nuestros. ¿O es que no pueden sobrellevar resignadamente sus derrotas en España durante la guerra de Sucesión los que en Ramilliés y Malplaquet ponían coto á las ambiciones y término á la grandeza de Luis XIV? La historia de la reconquista de Mahón, la de los fracasos de Ferrol y las Canarias, y la de los más ruidosos aún de Buenos Aires, debiera haber hecho entender á los ingleses que alguna virtud existiría en una raza que con tanta frecuencia los vencía.

Por lo demás, bien manifiesto creo haberos hecho cuál fué el auxilio que nos prestaron los ingleses, y cuál la cooperación que les debimos en aquel año, segundo de la guerra de la Independencia. Pues bien: un mes después se volvían á Portugal, quejándose, como de costumbre, de la mala voluntad de los españoles para con ellos, y de nuestra inercia y falta de patriotismo. Que sus tropas se habían batido admirablemente en Talavera; más todavía: que se debió á ellas el éxito de aquella batalla; ¿quién lo ha puesto en duda? Pero una cosa es vencer y otra aprovecharse de la victoria; y la de Talavera no fué decisiva ni fructuosa. Y otro tanto sucedió, según veremos luego, con las demás.

Dice M. Fée, presente á una gran parte de las que se libraron en aquella guerra: «Los ingleses tuvieron en España magníficas y gloriosas jornadas, pero sacaron muy poco partido de ellas. En las batallas que han preconizado como sus más brillantes victorias, rara vez salvaron el campo en que habían combatido: lo dejaban libre como si fuese terreno neutro entre nuestro ejército y el suyo. Eso hicieron en Talavera, en Chiclana y la Albuhera. Sabían que estábamos debilitados y fuera de es-

tado de reparar nuestras pérdidas y les bastaba: no querían comprometer en nada sus éxitos.»

No me atrevo á hablar de Lord Wellington en son de juicio, pero creo yo que se le podrían aplicar aquí las palabras de Maharbal: «*Vincere seis, Annibal uti autem victoria nescis.*» Aunque, si he dedeciros francamente mi sentir, no puedo compararlo con el vencedor de Canas por más que en Waterloo se hallara en la misma ocasión con que se midieran en Zama Escipión y Anníbal. La fortuna premió con sus favores al inglés por su cordura y entereza de carácter, por su espíritu reflexivo, nacido de una larga experiencia y del estudio de las condiciones de los enemigos que estaba destinado á combatir; por el conocimiento, más que todo, de sus soldados, si egoístas, altaneros y crueles, inmovibles también en el campo de batalla. Pero no busquéis en aquel General, por tantos otros títulos insigne, no busquéis los grandes y brillantes rasgos de genio que adornaron á los más célebres capitanes de la antigüedad: sus campañas, aun siendo felices, no os revelarán en él aquella inspiración sublime, rayo desprendido de la inteligencia humana en momentos supremos, pero ínsita, de su propia naturaleza, ni comunicada ni trasmisible. Sus operaciones militares estarán, todas, maduramente calculadas, y después ejecutadas con precisión admirable, fruto de un estudio profundo y de una disciplina interna sólo conocida en la milicia romana. En ninguna veréis la lucha del genio de la guerra venciendo las eventualidades que sorprenden, los obstáculos que la naturaleza opone, los que el enemigo crea ú organiza. Aprovechará el error que observe cometido en la línea contraria, pero no sabrá inducir á sus rivales á que caigan en él: sin las guerrillas españolas nunca hubiera conocido el número ni la situación de los franceses, y menos adivinado sus proyectos.

Era, en fin, un hombre eminente, favorecido, sobre todo, por la fortuna: no un ser excepcional, del fuste de los Césares y Napoleones.

El tiempo á que me voy refiriendo es el en que comenzó á propagarse por Europa la idea, que poco después se había hecho general, de la largueza del Gobierno inglés para con los defensores de la independencia española. Se ha pregonado tantas veces esa liberalidad; se le han dado tales proporciones; que hay muchos, españoles y todo, creyendo que el oro, las armas y equipos traídos por las naves de la Gran Bretaña fueron los principales recursos con que se pudo sostener de nuestra parte aquella lucha incomparable. Y es que los ingleses han tenido el cuidado de divulgarlo por cuantos órganos han considerado como de

mayor propagación; y los franceses y no pocos de nuestros compatriotas lo han creído como la cosa más natural del mundo, tomando en cuenta el poderío y la riqueza de Inglaterra, y el estado precario, á su parecer miserable, en que se veía á España.

Y, sin embargo, nada más inexacto; y voy á probarlo.

He de empezar declarando que lo poco ó mucho con que nos socorrió la Inglaterra merece la gratitud de los españoles, y soy yo el primero, como he dicho antes, en reconocerla y proclamarla. No nos está bien el escatimar á nuestros aliados de entonces las muestras de un sentimiento cuyo olvido sería en alto grado censurable. Pero los números son inflexibles; y ellos y documentos emanados de las mismas cancillerías inglesas, demostrarán, mejor que nuestras observaciones, la injusticia, de un lado, y las exageraciones de nuestros detractores, por otro, en ese asunto.

Con decir que la suma total de lo recibido por las Juntas Provinciales y por la Central en todo el tiempo de su administración no pasó de setenta millones de reales, comprenderéis, Señores, hasta dónde llegan esas que acabo de calificar de exageraciones de los historiadores ingleses, las de Napier sobre todo, al asegurar, con su formalidad de costumbre, que «los abundantes socorros del dinero inglés sostuvieron la guerra,» y que el Gobierno de su nación «inundó de oro á España.» Pero ¿cómo había de inundarnos con lo que no tenía?

Sevilla, Asturias, Galicia y León son las provincias beneficiadas en los primeros meses de la guerra con el oro inglés, el á que Napoleón atribuía los trastornos en Europa y las coaliciones formadas contra la República antes, y luego contra el Imperio francés. Las demás provincias, mejor dicho, sus Juntas, no llegaron á ver una sola libra de aquel generoso y tan cacareado metal. Y no digo esas Juntas, sino que las hubo de las favorecidas que no utilizaron ese oro: por integridad en sus vocales ó por economía en sus gastos, no lo recibieron ó lo guardaron en sus arcas. Del millón de pesos que la fragata *Minerva* llevó á la Coruña en 1808, tan sólo 80,000 se recibieron para el ejército de la izquierda. Los demás volvieron á Inglaterra, temerosa de que cayeran en poder de los franceses.

Pero ¿qué más? doce millones, desembarcados de las naves británicas al declararse la guerra, fueron inmediatamente devueltos en Cádiz; y todos, absolutamente todos, se recibieron en calidad de préstamo, satisfaciéndose luego tan largamente que, según el manifiesto de la Junta Central, no desmentido hasta ahora, España había dado, al disol-

verse aquella Corporación, más tal vez de lo que había recibido. Y es que esas cantidades, como otras posteriormente adquiridas, lo fueron por negociaciones de letras contra las cajas de América, que las pagaron religiosamente, abriéndose, además, los puertos, antes cerrados, de nuestras colonias al comercio inglés, con lo que se le produjeron beneficios y ganancias enormes.

La guerra se sostuvo en España, ya que no con los caudales existentes en nuestro Tesoro, porque estaba exausto, con los sacrificios pecuniarios que supieron imponerse las provincias españolas, de entre las que hubo alguna, la de Valencia, que cubrió las exigencias de su levantamiento y servicios con más de 50 millones recaudados al iniciarse la lucha. Los principales recursos, con todo, vinieron de América: el patriotismo y la adhesión y generosidad de los españoles, allí residentes, proporcionaron hasta 284 millones.

Y para daros una prueba irrefutable de la imparcialidad mía, no me atengo á otros datos que á los que hallo menos halagadores á nuestro amor propio, porque Schépeler, el historiador alemán más concienzudo de aquella guerra, dice, á propósito de eso, lo siguiente: «A fin de mayo de 1809 llegaron de Méjico, Lima y la Habana, etc., en siete buques, hasta 36 millones de duros. El alimento de la guerra abundaba en todos los puertos del reino, y, sobre todo, en Cádiz. Las colonias enviaban presentes considerables; y, para dar una idea de la riqueza de la aristocracia comerciante y propietaria de la América española, citaremos la suma que en la ciudad de Méjico reunió para España su Arzobispo en agosto de 1809. Ascendía á 2.955,435 pesos. Hubo negociante ó propietario que contribuyó con 200,000, y uno, entre ellos, se suscribió por 400,000.»

A tal punto llegó el desprendimiento de los españoles respecto á los subsidios en metálico del Gobierno inglés, que al iniciarse la guerra de Austria, en 1809, traspasaron á aquel Imperio los que se les destinaban, y hasta permitieron que la Inglaterra negociara con igual destino la enorme suma de 3 millones de pesos en nuestros puertos de América, con gravísimo perjuicio para los intereses comerciales del país. Escribía Mr. Canning al Marqués de Wellesley: «El Gobierno británico tiene la mayor satisfacción en ver, no sólo que no hay estipulación alguna que la ligue con esta nación (el Austria), sino que el Gobierno español se ha manifestado tan propicio al Imperio, que pospondrá todas las consideraciones favorables á sus intereses al socorro de las necesidades más. apremiantes de la Corte de Viena.» Los españoles prefe-

rían, con efecto, la cooperación de los austriacos en el Danubio al material de guerra que aquellos subsidios pudieran proporcionarles; generosidad poco común y estéril entonces al celebrarse el armisticio de Znain y la paz de Viena.

Y no se diga que más tarde se manifestara la Gran Bretaña más generosa con la Regencia que lo había estado antes con la Junta Central; porque ni aun quiso garantizar nuestros empréstitos si no le franqueaba el comercio directo con las provincias de Ultramar bajo un derecho de 11 por ciento sobre factura, proposición que, justamente rechazada por gravísima, produjo la ruptura de cuantas negociaciones se habían entablado, é impidió las sucesivas.

Pero, lo repito: ¿cómo había de inundarnos de oro la Inglaterra cuando no lo tenía ni aún para sus mismos ejércitos y propias necesidades?

Y, si no llegáis á creerlo, oíd lo que ese Mr. Canning, que os acabo de citar, añadía en su escrito al Embajador inglés: «Hacen impracticable ese tratado varias circunstancias: primera, la entrada del metálico de América en España, la cual la hace, por fortuna, independiente de los socorros exteriores; segunda, la continua escasez de dinero que sufre la Inglaterra, haciendo que la extracción de la más pequeña suma se mire como asunto de la mayor importancia. Estas dos circunstancias han alterado de tal modo la situación respectiva de las dos naciones, que los ingleses, hasta que podamos proveernos de metálico en América, necesitaremos contar,—escuchad bien, Señores,— con el auxilio del Gobierno español para hacer que lleguen á nuestras manos en dinero los fondos necesarios con que pagar el Ejército de la Península, comprando el metálico por medio de letras de la Tesorería.»

Y si eso no os convence todavía, leed la magnífica obra de Londonderry, y veréis que en 1809 el Ejército inglés carecía de útiles de campaña, de calzado y de dinero, y que á todos los regimientos se les debían algunos meses de paga; que en 1810 lo que más afligía era la escasez de dinero, hallándose los cuerpos sin víveres y sin metálico en un país como Portugal, donde no se podía adquirir nada si no se pagaba; que en 1811 continuaba la falta de pagas, de trasportes y de víveres; y que en 1812, al darse la batalla de los Arapiles, el Ejército tenía en caja 20,000 duros, con cinco meses de atraso en las pagas, y viviendo los oficiales con la ración tan sólo.

¿Cómo, pues, había de dar la Inglaterra lo que no tenía?

En cuanto á lo del material de guerra y equipos facilitados por los

ingleses, yo os podría dar razón desde el número de los cañones, que ninguna falta hacían en esta tierra clásica del hierro y el bronce, hasta el de las suelas de zapatos que nos fueron enviadas, fatigando así vuestra benévola atención. Pero, con deciros que entre las armas vinieron miles de chuzos, comprenderéis que la Inglaterra no las tenía de fuego en cantidad suficiente para las necesidades de aquella guerra. Y al contar las varas de paño y de lienzo, las mochilas, gorros y sombreros, las botas y zapatos, los equipos todos y enseres, y pensando que todo fué religiosamente pagado, comprenderéis también la inmensa ganancia que proporcionaría ese auxilio á la industria inglesa, paralizada hasta entonces por el bloqueo continental que nosotros y los portugueses fuimos los primeros en romper en Europa y América.

Y volvamos á las operaciones militares, en que hacen hincapié los anglómanos para arrebatarnos la gloria de la guerra de la Independencia.

Descansado el Ejército inglés, y repuesto en las márgenes del Guadiana de los trabajos de la campaña de Talavera, con la abundancia de víveres que antes negaba y hubo, por fin, su General en jefe, de agradecer á la Junta de Extremadura en un elocuentísimo despacho, se había trasladado al valle del Mondegó, cogiéndole en Vizén la noticia del sitio puesto á Ciudad-Rodrigo por el mariscal Massena.

La plaza española capituló el 10 de julio de 1810, después de una defensa heróica, *de yacer todo por tierra y destruído*, según la frase del hijo mimado de la victoria, *no quedando una sola casa intacta*; y cuando su gobernador Herrasti supo que ni los ruegos del Marqués de la Romana y los de las autoridades, ni aún los del Gobierno español, bastaban para que lord Wellington, situado en Celórico desde el 27 de abril y desde el 25 de junio entré el Agueda y el Coa, acudieron en su auxilio. Ruegos, consejos, representaciones, las quejas de los moradores y alendaños, hasta las iras de D. Martín de la Carrera, que, indignado, se separó del Ejército inglés para siempre, movieron su corazón á un arranque cual á otro inspirarían el valor y la desgracia de aquel noble pedazo de la tierra española. Su misión, bien claro lo decía siempre, era la de defender á Portugal; manifestando una vez á la junta de Extremadura «que no estaba en poder suyo el hacer lo que deseara; y particularmente como la seguridad del Reino de Portugal fuese la principal misión que se le había confiado, no podía distraer de ella las fuerzas que eran necesarias para el cumplimiento de los demás objetos sobre que se le tenía llamada la atención.»

Y ¿queréis saber el efecto que aquella conducta produjo en el pueblo español? Pues oíd al mismo Wellington nueve días después de la pérdida de Ciudad-Rodrigo: «Yo estaba perfectamente convencido de que la caída de Ciudad-Rodrigo produciría un resultado fatalísimo y sumamente bochornoso para nosotros; pero nunca esperé que ese suceso hiciera tanta impresión en los habitantes de Castilla como parece haberlo hecho, y temo que la mayoría de ellos, con su confianza de costumbre en las murallas y en su propio valor, hayan recogido sus bienes muebles en aquella plaza y los hayan perdido. No debo pensar otra cosa por el obstinado silencio que guardan con nosotros desde tal acontecimiento. No recibimos una sola carta de España, ni un aviso en estos últimos diez días; y los oficiales que operan por los flancos del ejército, me dicen que no sólo no pueden procurarse noticia alguna, sino que apenas logran encontrar quien les lleve sus cartas. Esto, añade, no es para animar á nadie.»

De la rendición de Ciudad-Rodrigo, á la vista de lord Wellington, hasta la vuelta del ilustre caudillo del Ejército británico á la línea del Coa, pasaron diez meses, empleados en la gran campaña, que tuvo principio en la sierra de Busaco y terminó con la defensa de las famosas líneas de Torres-Vedras, los varios trances de la retirada de Massena y su revés, por fin, de Fuentes de Oñoro, el 16 de mayo de 1811. No es ésta la ocasión de juzgar aquellas operaciones, salvadoras de la independencia de Portugal, aunque más á costa de sus naturales, que hubieron de sacrificar cuanto amaban, hogar, hacienda y sosiego, que de los ingleses, que sufrieron muy pocas bajas, pero beneficiosas también á España en cuanto á que la pérdida de Lisboa hubiera comprometido aún más la suerte de nuestros ejércitos, empujados de todas partes por los numerosísimos refuerzos que la paz con Austria permitía á Napoleón enviar á la Península. No he de negarlo, no; pero de eso á conceder que aquella campaña, en que no se dió una sola batalla decisiva, lo fuera para nuestra patria, hay mucha distancia. Como el Portugal por Massena, fueron invadidas nuestras Andalucías por José en persona y Soult, Víctor, Sebastiani y cien y cien generales, que, con ejércitos como nunca vistos desde las irrupciones alárabes, pudieron llegar sin contrarresto á las orillas del mar en Málaga, Algeciras y Cádiz. ¿Vencieron por eso la resistencia española? ¿Lograron siquiera doblegar la constancia de nuestros padres, y menos someterlos á su imperio ?

Nada de eso: entonces, por el contrario, dió España la prueba más concluyente de la fuerza que atesora, sólo superada por la que revela

la sucesión interminable de las luchas civiles posteriores, que ni la agotan, ni siquiera la enflaquecen; tal es su vitalidad, y tal el carácter férreo, obstinado y ardiente de sus hijos. Cádiz, sitiada por los ejércitos más formidables, blanco de un bombardeo para el que se inventaron máquinas de un poder hasta entonces desconocido, sepulcro que parecía, de toda esperanza de salud para la patria; fué cuna de su regeneración política y social, templo de las leyes que, al aspecto de las legiones enemigas y con el estruendo de los proyectiles que sobre él reventaban, salieron, en las expansiones del patriotismo y la confianza de la victoria, más y más sabias, enérgicas y salvadoras para la nacionalidad española. Podrían esas leyes resultar después deficientes para unos; como inspiradas, en concepto de otros, por un espíritu exageradamente reformista, producto de ideas que condenaban, traídas del código revolucionario de la Convención francesa; pero nunca dejarán de ser la expresión de un pueblo á quien la violencia de que era víctima y su valor y pertinacia singulares le provocaban á alardes de una independencia que ningún otro se había atrevido á hacer como él.

En aquel largo asedio de más de dos años, una sola acción intentó la división auxiliar inglesa que se había establecido en la isla de que Cádiz forma parte; y esa acción, la de Chiclana, en marzo de 1811, resultó completamente ineficaz, no produciendo sino quejas y recriminaciones, expedientes inútiles, y celos y nuevas discordias entre las naciones aliadas. La acción eminentemente salvadora por lo gallarda y pertinaz y gloriosa, fué la de los españoles; la del Duque de Alburquerque, en un principio, por lo oportuna, la de las demás tropas de la guarnición y de los voluntarios de la ciudad hercúlea después, y siempre la del Gobierno y la de los egregios legisladores, cuya entereza nunca se dobló al peso de la responsabilidad y en cuyos ánimos no pudo tampoco abrirse paso el pavor que en otras partes infundían la furia y las bombas francesas.

España llevaba, pues, más de tres años de combatir sola una invasión preparada con la ocupación de las mejores plazas de guerra y el establecimiento de los ejércitos enemigos en Lisboa y Madrid; esto es, en los puntos centros de toda acción política y administrativa. Antes de dispararse un tiro emigraban ó se veían reducidas á la esclavitud las dos familias reinantes en la Península, estorbo, que pudiera ser, para el establecimiento sólido y tranquilo de la ocupación francesa: las mejores tropas se hallaban lejos ó sometidas á la vigilancia del enemigo, impotentes de todos modos; y la máquina toda gubernamental, sin

medios de funcionar más que con órganos é instrumentos puestos en sus manos. Y no me negaréis, Señores, que la intervención de Inglaterra había sido hasta 1811 nula, más que nula, puesto que las campañas de John Moore y de Wellesley, en la Coruña y Talavera terminadas, lo que habían logrado era demostrar la ineficacia, hasta entonces, de una alianza que con tan inútiles esfuerzos se iniciaba.

Lo que esa intervención había obtenido era, sí, la independencia de Portugal; quiero decir, la libertad de sus leales habitantes del yugo que la Francia les quería imponer, porque seguiría pesando sobre ellos el más suave, es verdad, de su vieja protectora, sensible, con todo, por verse explotados en sus intereses y empequeñecidos en su dignidad. Y como la misión principal del ejército inglés, la única según antes habéis oído, era la de sacar á salvo la independencia de Portugal, que era de tan vital interés para el Reino Unido; hay que convenir en que el éxito más completo había coronado sus esfuerzos. El ejército de Junot había desaparecido de aquella noble tierra, aun cuando fuera para servir, pocos meses después, contra los españoles; Soult, había huido de ella, empujado también á la nuestra; Víctor vió paralizada en Talavera su acción, que, combinada con la del mismo mariscal, Duque de Dalmacia, la de Ney y Mórtier, amenazaba ejercerse nuevamente en las regiones lusitanas del Tajo y del Duero; Massena, en fin, el hijo mimado de la Victoria, retrocedía de Torres-Vedras, mas perseguido tan sólo hasta Fuentes de Oñoro. Esto es, que la frontera española venía á ser el límite impuesto á la acción y á las aspiraciones del triunfo de las tropas británicas. Portugal parecía representar la arena cerrada, el circo en que los nuevos gladiadores, galos y británicos, iban á dirimir la grave y trascendental controversia de su supremacía, hacía veinte años puesta á discusión en cien campos de batalla.

Pero ese éxito, tan completo como acabo de decir, ¿se hubiera obtenido sin la cooperación, por su lado, de nuestros compatriotas?

Porque, sin la acción de España, Junot hubiera tenido excelente camino para su retirada de Vimeiro, guardado por las guarniciones francesas de Estremoz y Elvás; Soult y Ney no vieran sus ejércitos necesitados de nueva y lenta reorganización sin la lucha tan activa y afortunada de los gallegos; no llegara Wellington á Talavera sin su unión con Cuesta y sus combinaciones con Venegas; y en Torres-Vedras había españoles, los del Marqués de la Romana y el Conde de España, é interceptaban la comunicación y los convoyes de Massena, el Empeinado, Merino y Sánchez, que hasta le privaron, además de una gran

parte de la Artillería que le estaba destinada, de municiones, víveres y noticias. Hay que tomar en cuenta estas circunstancias para no plantear exclusivas en una acción tan combinada como la de los ejércitos aliados en la guerra de la Independencia, en que ninguno de ellos puede atribuirse para él solo la gloria del triunfo sin manifiesta injusticia; debiéndose, por el contrario, á causas y efectos en que todos tuvieron proporcionalmente su parte. ¿Por qué los ingleses lograban mantenerse en Lisboa y no en Nápoles, ni Walkeren, á pesar de componerse la segunda de aquellas expediciones de 80,000 hombres de mar y tierra?

El año de 1811 ofrece un carácter singular, debido á muy diversas condiciones de situación política en el resto de Europa y de gestión militar en la Península. Parece que era tiempo aún de que la Francia intentase un esfuerzo supremo para concluir ya la lucha cuya duración debía desesperar al Emperador. Y, sin embargo, no hubo en ese año, ni en los primeros meses del de 1812, acción alguna cuyos resultados fueran decisivos para el de lucha tan larga y reñida. Las de Chiclana y Fuentes de Oñoro, ya lo he dicho, no sirvieron para obtener el levantamiento del sitio de Cádiz á que iba dirigida la primera, ni para la reconquista de Ciudad-Rodrigo y la entrada de las tropas británicas en Castilla, á que parecía provocar el fracaso de Massena al pretender el avituallamiento de la plaza de Almeida, abandonada al día siguiente por los franceses. La batalla de la Albuhera, con ser tan gloriosa para los aliados que, lo mismo ingleses que portugueses y españoles, procuraron excederse á sí mismos compitiendo en bravura y firmeza, no pudo impedir que un mes más tarde se reunieran Soult y Marmont en Badajoz, cuyo sitio hubo necesidad, así, de levantar dos veces.

Y era que Napoleon se resistía á intentar ese esfuerzo supremo, de todo punto necesario, á que acabo de referirme, engolfada su mente ya en el gigantesco proyecto de humillar de nuevo á la Rusia, apesadumbrada de unos tratados como los de Tilsit y Erfurt, que tanto perjudicaban á su comercio con el bloqueo continental, y tanto habrían de lastimar los intereses y el orgullo de la nobleza moscovita. No podía dar entrada en su entendimiento, privilegiado y todo, á la idea de que la guerra de España hubiera de ser tan seria y trascendental que le vedara entregarse, sin su feliz acabamiento, á los grandes proyectos que acariciaba desde su elevación al Imperio. Era en su sentir muy suficiente el envío de Massena para echar al mar, como solía decir, á los ingleses, únicos que consideraba capaces de trastornar sus planes manteniendo vivo el espíritu de independencia en las demás naciones de

Europa. Los refuerzos que envió á España fueron, con eso, de corta consideración, suponiéndolos más necesarios para la organización del grande ejército que preparaba, que, por lo mismo de ser tan abigarrado, compuesto como iría de tropas de tan diverso origen y nacionalidades tan distintas y hasta rivales, debería reconocer un núcleo francés, tan robusto como homogéneo, para mejor asimilarse en su acción á las demás, é imponerse, en caso necesario, á ellas.

Lord Wellington no se mostraba tampoco, de su parte, lo interesado que debía por el pronto término de la guerra en España. Al aparecer en Extremadura por abril de aquel año, creía haber ya obtenido de la Regencia el mando de las provincias españolas alendañas de Portugal, solicitado por su hermano el Marqués de Wellesley, ministro inglés cerca de nuestro Gobierno, «para emplear, —así decía,— con utilidad los recursos que presentaban y combinar acertadamente las operaciones de la guerra.» Temerosa la Regencia de la responsabilidad que pudiera contraer, presentó con desusado ceremonial á las Cortes la pretension del diplomático inglés, que naturalmente había de serle negada, hallándose los diputados bajo la impresión del reciente suceso de Chiclana y de la impasibilidad manifestada por el Lord ante las catástrofes de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, sucedidas á su vista y al alcance de su poderoso ejército. La repulsa debía producir su efecto en ánimo tan susceptible y altanero; y la guerra continuó varia y sin resultados decisivos por ninguna de las partes beligerantes; perdiendo los aliados á Badajoz y ganando á Almeida, restaurando el Portugal, pero sin aprovechar la victoria por detenerse en la frontera de España hasta bien entrado el año de 1812.

«Durante ese período, el de 1808 á 1812,—dice Duverine en su *Ensayo histórico sobre el espíritu de reforma política en España*,—la cooperación del Ejército inglés fué dirigida más bien por medidas de prudencia y previsión que por un sistema de vigor; contentándose con proteger el Portugal y conservar casi continuamente la línea del Tajo, comenzando á operar con mayor energía en el curso de 1811 para el sitio de Ciudad-Rodrigo, que fué tomada de asalto por el Ejército anglo-portugués al mando de Wellington. »

De entonces data, Señores, y sólo de entonces, la acción auxiliar de las tropas inglesas en España, acción directa y verdaderamente eficaz que es de nuestro deber agradecerles con toda la efusión de corazones españoles, ya lo sabéis, hidalgos y generosos. Ciudad-Rodrigo y luego Badajoz caen en su poder: no os detengáis á escuchar los lamen-

tos de sus infelices moradores, mucho peor tratados que los enemigos por el aliado libertador. Salamanca es testigo de la esplendorosa victoria con que el valor británico parecía poner la causa española á punto de acabar su triunfo; tampoco os molestéis en juzgar los errores que la produjeron por haber el enemigo precipitado la persecución. Madrid se ve libre de sus enojosos huéspedes de cuatro años, áun cuando por pocos días. España entera va á respirar, así lo creen muchos, el aura de su independenciam, tan costosa como deseada. Pero, señores, fábrica sin cimientos pronto se derrumba; y la del triunfo de Salamanca, sus mismas ruinas lo dicen, no los tenía bastante sólidos.

Y digo *ruinas*, porque dos meses después las tropas inglesas volvían muy de prisa y acosadas de cerca á los mismos cantones de que habían salido; lo cual prueba que no se bastaban para vencer, y que no es á ellas tan sólo, ni á los recursos abundantes, como dice Napier, de la Gran Bretaña, á quienes se debió el éxito de aquella lucha. Habían logrado indirectamente el levantamiento del sitio de Cádiz, y no fué poco, sin necesidad de la marcha sobre Sevilla que Wellington pregonaba, sin haber pensado en ella áun cuando la anunciase á su mismo Gobierno después de la reconquista de Badajoz; pero la Asamblea de Fuente la Higuera era indestructible. ¿Quién había de combatir en campo abierto á Suchet, Soult y el Intruso reunidos? Y, al avanzar los dos últimos en combinación con Souham á la cabeza de 80,000 hombres, volvieron las cosas en Castilla al mismo ser y estado que antes de la batalla de los Arapiles.

Eso que Suchet había quedado en Valencia, donde se le consideraba necesario para consolidar su conquista tan lentamente alcanzada. Más de dos años había empleado en ella. Rechazado en 1810, cuando creía conseguirla fácilmente, le había sido necesario emprender el sitio de cuantas fortalezas se encontraban en el camino, por su flanco ó á sus espaldas, hasta las de Cataluña próximas al Ebro. Y expugnadas, una tras otra, Tortosa, Lérida y Tarragona, así como el Montserrat, todas metódicamente y según los procedimientos recomendados en el arte militar, seguros pero lentos, había llegado á Sagunto y Valencia á fines de 1811, cubierto de gloria, pero sin poderla arrebatarse á un pueblo y unas tropas . que le obligaban á gastar tanto tiempo para tan corto camino. ¿Le habían hecho detenerse en él los ingleses? No había visto ni uno, y cuando aparecieron la división siciliana de Maitland y la mallorquina de Withingan, mucho más numerosa, era en principios de 1813, al fijarse ya la tornadiza fortuna en favor de la coalición que había de destruir

el imperio napoleónico. La división siciliana y su nombre está revelando su composición: constaba de 4,000 hombres, naturales de la isla italiana, con jefes ingleses: ¿qué peso, pues, había de echar en la balanza de los destinos de España en Valencia y Cataluña? Así es que en la acción del 13 de abril del citado año en Castalla, españoles formaban la mayoría de los combatientes, y de españoles fué la casi totalidad de las bajas, por más que dirigiese el combate un Murray, si afortunado en él, desgraciadísimo en el ataque á Tarragona que terminó, perdiendo toda la artillería de sitio, *vergonzosa y atropelladamente*, como dice nuestro Conde de Toreno, nada hostil á los ingleses.

Arrojó de Valencia á Suchet lo que á José de Castilla y las provincias de la izquierda del Ebro, la marcha de los sucesos en el Norte de Europa, que exigía cuantos recursos pudieran quedar á Francia en su seno y en los demás teatros de la guerra, no sólo en fuerzas, de las que salieron en algún número de España, sino en personalidades eminentes como Sault, Bessiéres y otros generales distinguidos que se creyeron más necesarios en Alemania.

Porque la intervención de la Inglaterra, valiosa y todo, como ahora se dice, no fué tampoco la única que se ejerciera en favor de España para la grande obra de su independenciam y la ruina del coloso que pretendía arrebatárnosla.

Yo voy á declarar con toda ingenuidad, y luego á poner de manifiesto con la imparcialidad en que debe inspirarse el historiador si ha de ejercer honradamente la noble misión á que está llamado, cuáles fueron las causas determinantes de la victoria con que la suerte coronó los esfuerzos de los españoles. Me parece que los datos que vengo aduciendo prueban hasta la evidencia que la primera de esas causas está en la gallarda determinación de nuestros padres de no someterse á la voluntad, entonces omnipotente, del emperador Napoleon, ni á la furia, tampoco, de sus soldados, tenidos hasta la de Bailén por invencibles. Pero dentro de esa causa hay otra esencialmente militar que ejerció una influencia poderosa é innegable: la del aislamiento en que operaron los Ejércitos franceses. Más que de discurrir y convencer con el discurso, es, la presente, ocasión de demostrar, mejor que con argumentos que, siendo míos, se han de tener por apasionados, con pruebas aducidas por autoridad respetable y como tal reconocida. Y como escolio y explicación de tal concepto, decisivo quizás en el éxito de la guerra de la Independencia, hé aquí un párrafo de la obra de Vacani, que elocuentemente expone y demuestra de manera, en mi sentir, irrefutable, los motivos y el

resultado de la profunda división que produjeron en las operaciones de las tropas francesas la naturaleza del suelo peninsular y la ausencia de Napoleon. «Cortada,—dice,—como está España por anchos ríos y cadenas de montes muy elevados y que se extienden hasta el mar, donde también se descubren vastas llanuras deshabitadas é incultas; divididas, sobre todo, sus provincias por costumbres, leyes y carácter distinto, no es maravilla el que los ejércitos extranjeros que en ella operan encuentren tantos obstáculos para la debida armonía en sus maniobras que puede decirse que la mayor parte de las veces han combatido sin plan alguno, hasta el punto de ser la guerra de España un tejido informe de varias guerras, ejercitadas por jefes diversos, independientes unos de otros, y en provincias separadas por límites naturales y políticos. Tal fué siempre en las primeras campañas el aislamiento del ejército de Cataluña del más próximo de Aragón; el de éste de los de Castilla, y el de los de Asturias, Galicia, Portugal, Extremadura y Andalucía entre sí. Que si, por el contrario, se hubieran dirigido todos á un solo objeto, esto es, á evitar el contacto de los ingleses con las varias posiciones españolas de la costa, á romper y dispersar toda reunión nacional amenazadora en el interior, áun cuando alguna vez hubiesen operado sin acierto los jefes, sus maniobras habrían ofrecido el aspecto de armónicas, así en la ofensiva como en la defensiva, lo cual únicamente hubiera sucedido fijando el emperador Napoleon un solo plan y conservando constantemente, ya estuviese en París, ó al otro lado del Rhin, el mando supremo para las operaciones generales en esta parte de Europa. »

Hasta aquí Vacani.

Pero al partir Napoleon, entregado el mando á su hermano, ni lo hábil ni lo severo que era necesario para dar unidad á las operaciones militares é imponerse á las voluntades caprichosas y dispersas de los generales franceses, cada cuerpo de ejército tiró, como vulgarmente se dice, por su lado, y ni el de Aragón se entendió con su vecino de Cataluña ni áun con los de Castilla y Navarra, que le servirían para comunicarse con la Corte, centro de la ocupación francesa, y con el Imperio, fuente de su prestigio y de su fuerza. De Portugal no se tenían ni noticias, y sólo de vez en cuando comunicaban Andalucía, Extremadura y Castilla. ¿Cómo lograr así la sumisión total de la Península?

La segunda causa, y aquí está, Señores, la clave de la fábrica cuyas bases me propongo establecer en esta conferencia, es la guerra de Rusia. El apoyo del Czar á Napoleon desde el tratado de Tilsit, punto de arranque de todos los proyectos del nuevo César sobre España y Por-

tugal, había desaparecido; el que le prestaba aquel congreso de soberanos de Erfurt envolviéndole en nubes de incienso, cual dioses del Olimpo á Júpiter tonante, se desvanecía con su fracaso de España, que nadie de ellos esperaba, y con aquella retirada que, como el incendio del Kremlin, les hacía vislumbrar un rayo de esperanza para su propia independencia y la de sus desgraciados pueblos, unos y otros sometidos á la sola y despótica voluntad del objeto antes de sus adulaciones. Las proporciones que alcanzó aquella lucha que, siendo afortunada, daría á Napoleon el dominio sin contrapeso alguno de Europa, llevó á Rusia las fuerzas disponibles de la Francia, las de sus feudatarios y aliados; y el desastre de que fué seguida, llamando para su reparo cuantas aún se hallaban preparadas en aquel camino de desolación, de nieve y fuego y sangre, dejó los demás teatros de la lucha general, provocada por la insaciable ambición suya, sin ese recurso supremo, único decisivo en crisis como aquella: el de los refuerzos oportunos y el de las reservas.

«Cosa bien notable,—decía Napoleon en Santa Elena con aquella frase oriental tan de su gusto,—cosa bien notable: los obstáculos que me han hecho fracasar no proceden de los hombres, sino de los elementos. En el Mediodía me ha perdido el mar, y el incendio de Moscou y los hielos del invierno me han perdido en el Norte. Así, el agua, el aire y el fuego, toda la naturaleza y nada más que la naturaleza. Hé ahí los enemigos de una regeneración universal, dispuesta por la naturaleza misma. ¡Los problemas de la Providencia son insolubles!!!»

Y más adelante añadía el Emperador: «No es su resistencia (la de los españoles) ni los esfuerzos de los ingleses los que les han proporcionado su independencia, sino mis faltas y mis lejanos reveses. Es, sobre todo, la de haber llevado todas mis fuerzas á mil leguas de ellos para verlas perecer allí, porque nadie me podrá negar que si, al entrar yo en España, el Austria, sin declararme la guerra, me hubiera consentido permanecer allí cuatro meses más, todo hubiera terminado...»

«¡Mis faltas!» Esa es la causa de sus reveses. Porque todo era extraordinario en aquel hombre. Si grandes los pensamientos y los éxitos, inmensos fueron también los errores que cometió, y á ellos se debe el que no cayese muda y postrada á sus pies la Europa entera. ¿Qué mayores que los de las guerras de España y Rusia? La una sirvió de ejemplo á la otra; y el patriotismo de los españoles, provocando el de los rusos, obtuvo por fruto la compensación de nuestra debilidad con la fuerza que daba á los aliados la división de las legiones, hasta entonces incontrastables, del enemigo.

El Beresina, con efecto, y el Niemen, eran abismos que atraían y se tragaban los últimos recursos de la Francia, ya flaca y esquilada, las tropas que, repasadas las rojas aguas, escenario de catástrofe tan horrenda, habrían de arrostrar aún la defección de muchos de los que iban allí como amigos y camaradas, esperanzados, sin embargo cual ya he dicho, y dispuestos á sacudir en la primera ocasión el yugo ó la tutela del tirano, su dominador.

Y así se vió aquí en la campaña de 1813, cuando sin esfuerzo alguno, sin riesgo ni contratiempo, con la sola amenaza de un movimiento envolvente, estudiado en la elocuentísima lección del año anterior, el ejército aliado cruzaba el Ebro para combatir en Vitoria los restos de una invasión que era imposible mantuviera el centro de la Península por el abandono en que se la dejaba. En Alemania era donde iba á decidirse la suerte del imperio napoleónico; y los ejércitos, mejor dicho, los esqueletos de ejércitos franceses de España, según la frase de Gouvion Saint-Cyr, si peleaban todavía, más que por sostener la ocupación de nuestro territorio, lo hacían por espíritu de honor militar, y por impedir, aunque en vano, fuese hollado por el extranjero el suelo sagrado de la patria. Vitoria, Sorauren y San Marcial son los últimos grandes episodios de la guerra de la Independencia en España, batallas mal preparadas por el enemigo, peor reñidas y, sí instructivas, más como circunstanciales que por lo que pudiéramos llamar su estructura clásica. La primera, esto es, la de Vitoria, representa en el campo francés la defensa de sus trofeos de seis años, del botín con tanto afán recogido en una guerra en que, aparte de las costumbres militares introducidas por los franceses en su Odisea por la Europa entera continental, constituía el único fruto sacado de ella de entre las ensangrentadas ruinas de nuestro suelo; del decoro, por fin, de un cetro ya tronchado y que se consideraba no adquirido con la gloria que pudiera hacerlo respetable y respetado. Era el esfuerzo hecho por un atleta para tomar postura digna en su caída. Sorauren y San Marcial significan el cumplimiento de un deber sacratísimo en la Milicia, el de salvar, no las plazas de Pamplona y San Sebastián, pues por perdidas las tenía el mariscal Sault, sino sus respectivas guarniciones; á fin de que pudieran retirarse sin experimentar la dura ley de los rendidos ó capitulados, cuando de una tenaz resistencia sólo gloria podrían reportar, no la utilidad de que tan necesitada se veía la Francia para mantener incólume su suelo.

Y ojalá hubiera acontecido; porque no tendría yo está noche que despertar en vuestra memoria la lúgubre y bochornosa de aquel día

31 de agosto, en que la ciudad de San Sebastián quedó reducida á miserables ruinas, manchadas, más que con la sangre de nuestros infelices compatriotas, vertida á torrentes, con la soez y bárbara y repugnante hazaña de los que se decían aliados y amigos, casi hermanos, según pregonaban su abnegación por la causa española. El Conde de Toreno, al suponerla propia tan sólo de enemigas y salvajes bandas venidas del Africa, no la ennegrece bastante; porque los almohades de Ben Jussef, vencedores de Alárcos, eran tratables, humanos, y hasta piadosos, comparados con los hijos de la Gran Bretaña, en los asaltos de Badajoz y San Sebastián. El incendio de una ciudad amiga; el sacrificio, bárbaro asesinato, de los moradores que salían con los brazos abiertos al encuentro de los que tomaban por generosos libertadores suyos; las violaciones horrendas de las hijas en el regazo de sus madres, como dice el célebre historiador, y es verdad, á las madres en los brazos de los maridos, y á las mujeres todas por do quiera; el robo de las casas y el saqueo de los templos; no son obra de salvajes en tierra amiga: lo son de la maldad más refinada, de la indisciplina más brutal, fruto de aquellos *enormes crímenes*, según la justa calificación de su caudillo, que, desde que entraron en España iban los soldados ingleses cometiéndolo más con sus aliados que con sus enemigos. Para éstos, todo género de consideraciones, y ahí tenéis la historia de Napier, su agradecido admirador, y los Despachos de lord Wellington; para los españoles, el desprecio más soberano, y en ocasiones, como las que y a les iba proporcionando la marcha de la guerra, el pillaje, la destrucción, deshonor y muerte. Aquella, que hoy admiráis, perla del Océano, meciéndose en su azulada concha, blandamente recostada en la euskara montaña cubierta de verdor eterno, y nacida para ofrecer paz y ventura en su hospitalario seno, hecha por su misma hermosura y su fatal destino imán de la guerra, de sus furores y estragos, sería hoy montón informe de ruinas sin el patriotismo de los egregios varones que, con semblante todavía lívido y cubiertos de luto, decidieron ocho días después en Zubieta la reedificación de su querida ciudad y su renacimiento al comercio y las artes que tanto la engalanaban antes de catástrofe tan horrible.

Y esto se hacía en presencia, puede decirse, casi á la vista, de los soldados españoles, que en Vitoria fueron los que tanta parte habían tomado en aquel, más glorioso que difícil, triunfo; que en Sorauren iniciaron la acción y mantuvieron el campo hasta la llegada de los ingleses á la línea de batalla; que en San Marcial, por fin, fueron los únicos sostenedores de un combate en que se estrellaron el valor francés y

el talento de su general en jefe, el mariscal Soult, aquel Duque de Dalmacia, cuyas dotes de gran capitán son en la pluma de Napier comparables con las de los más ilustres de la antigüedad.

No negaban entonces, por supuesto, los ingleses, el mérito de nuestros compatriotas, que eso quedó para después con los celos y la emulación que despiertan el tiempo y las alabanzas extrañas; y, para demostrároslo, me vais á permitir, mejor dicho, á dispensar, que os traiga á la memoria una anécdota que cien veces escuché de labios de mi padre, soldado de Alba de Tormes, de Vitoria y San Marcial.

Unos días después del asalto de San Sebastián, y mezcladas en su nueva guarnición tropas españolas é inglesas, se amotinaron éstas por falta de víveres, de que tantos consumían. De tal modo habían destruído la ciudad, sus depósitos y almacenes; en tales proporciones habían derrochado lo poco que quedaba y lo que llevaran consigo, que los ingleses padecían hambre, pero protestando, y los españoles se mantenían del bacalao que aquéllos despreciaban, podrido en el incendio.

Avisado el Lord, que campaba junto al Bidasoa, acudió al *glacis* de la plaza, encontrando á sus soldados en el mayor desorden, muchos borrachos y no pocos de ellos hasta desnudos.

Wellington se lamenta en sus Despachos del estado de sus súbditos por aquellos días. «El hecho es, dice en uno de 28 de setiembre al general Giron, que yo mando á los más infames (*coquins* los llama, pues el despacho original está en francés) de la tierra en todas las naciones del mundo, y se necesita una mano de hierro para mantenerlos en orden y todo género de informaciones para descubrirlos.»

Wellington los arengó con el laconismo y la severidad que le caracterizaban. Les echó en cara su indisciplina y les presentó como ejemplo de abnegación y de sobriedad la de los españoles, que se satisfacían con alimentarse de lo que ellos desechaban, no teniendo otro rancho que el de un bacalao malsano que un inglés rechazaría por repugnante y asqueroso. Pero al oír eso se adelantó á la fila, en que formaba, un sargento, y con voz entera y en no muy respetuoso tono le expuso que, si los españoles soportaban sin quejarse tantas privaciones, era porque el patriotismo se las imponía, peleando por los fueros de su independencia y los objetos de su amor y veneración; pero que los ingleses combatían y derramaban su sangre mediante un contrato, entre cuyas primeras condiciones estaba consignada la de una alimentación sana y abundante, de que carecían, y un sueldo que no se les abonaba con la puntualidad convenida. Y el Lord, sin contestación que dar, sino apelando

á los sentimientos de honor, conjurándoles, como dice Napier después, en su nombre, á resistir tantas privaciones, y prometiéndoles pronto remedio, picó espuelas y se alejó de aquel campo de Agramante entre las protestas de sus soldados y la mayor admiración de los españoles que presenciaban escena tan edificante.

No la extrañaréis vosotros, conociendo la organización del ejército inglés; pero sí lo que vais á oír inmediatamente.

El ejército aliado penetró en Francia, y con él entraron varios cuerpos españoles. Sabéis que en la guerra las represalias son difíciles de evitar; y, si no justo, porque la venganza nunca lo es, era disculpable que los tantos años robados y maltraídos tomaran su desquite al invadir la tierra de sus provocadores y tiranos. A pesar de eso, ingleses fueron y entre ellos algunos oficiales los primeros en darse á los excesos mismos que habían cometido en San Sebastián, españoles muy pocos y pertenecientes á las guerrillas que acompañaban al ejército. Los ingleses fueron, sin embargo, enviados á Inglaterra, y los españoles simplemente ahorcados. Y para que no se reprodujeran escenas parecidas, una vez ganadas las márgenes de la Nivelles, en que la sangre de nuestros soldados se mezcló en abundancia con la de los ingleses, casi todo el cuarto cuerpo del ejército español recibió la orden de establecerse en la frontera. «Previendo Wellington,—dice un historiador,—cuán imposible se hacía durasen las cosas en el mismo ser (la admirable resignación de nuestros compatriotas sin queja ni desmán notables), resolvió tornásen los españoles al país nativo por huir de futuros y temibles daños, y también por no necesitar entonces de su apoyo y auxilios, decidido á no llevar muy adelante la invasión comenzada, en tanto que no abonanzase el tiempo y que no penetrasen en Francia los aliados del Norte.» Sólo quedó con los ingleses la primera división del mando del general Morillo que tomó parte tan gloriosa, en aquella campaña, á la que por fin fueron llamadas otra vez las demás del cuarto cuerpo y las del de reserva de Andalucía, para contribuir con su número y su valor á la conclusión de la guerra en la tan celebrada batalla de Tolosa de Francia.

Terminada, como veis, la narración histórica de las operaciones militares de nuestros aliados los ingleses en la Península, permitidme, Señores, ofreceros algunas consideraciones que necesito añadir á las anteriormente expuestas para el amplio desarrollo del tema propuesto en esta ya larga conferencia.

Quien sólo examine las historias inglesas de la época, caerá fácil-

mente en el lazo tendido por sus autores á la buena fe del lector, sorprendido del brillo de aquellas grandes batallas, hechos culminantes, aunque pocos en número, de la guerra de la Independencia. Nadie, al leer ó al escuchar su narración, se detiene á reflexionar sobre las causas, unas próximas y otras lejanas, de tan estrepitosos sucesos: bajo la impresión de su terrible aparato y deslumbrado por el fulgor que producen el choque y la gloria de sus efectos, se resistirá á descender, hasta desentendiéndose de la forma, siempre tan seductora, á romper el tejido de sofismas en que esa narración lleva oculta la verdad histórica. Para nadie mejor que para los autores de esas historias parece escrita la frase, que vais á oír, de César Cantú. «Y efectivamente,—dice en su *Discurso sobre la Historia Universal*;—exagerando ciertas particularidades; callando otras por medio de diestros subterfugios; haciendo que aquí brille una luz mientras allá se recarga una sombra; admitiendo como incontestables las tradiciones que convienen á nuestro propósito, al paso que se desencadena la crítica contra las que no nos convienen; cubriendo el vacío de los hechos bajo el aparato de los sistemas; ridiculizando una virtud, al mismo tiempo que se oculta un delito con el velo de una agudeza; no es difícil presentar á Juliano el Apóstata como un héroe y á Gregorio VII como un loco; elevar á las nubes á Diocleciano, que renuncia al imperio del mundo, y atribuir á cobardía el mismo acto en Pedro Celestino.»

Con decir, así, que los Generales españoles recordaban con sus jactanciosos discursos la gárrula arrogancia de Don Quijote, y con sus hechos las hazañas de Sancho, siquier esos Generales se llamen Romana, el de la retirada de Dinamarca; Palafox y Alvarez, los defensores de Zaragoza y Gerona; Castaños, el vencedor de Bailén; Alburquerque, el salvador de la isla gaditana; los reñidores Cuesta, Blake, La Carrera, y Menacho, Herrasti, Morillo, Santo Cildes, Mendizábal, Freire, y cien otros cuyos hechos os vendrán, á cada palabra mía, á la memoria; con añadir, para hacer gracia y, entre los crédulos con éxito, que era raro el de ellos que pudiera mantenerse á caballo, aun cuando se les hubiera visto asaltando á la infantería francesa á la cabeza de sus escuadrones; un Lumley, un Napier ó un Hamilton creen que se hace la opinión sobre la nulidad de esos Generales, así como sobre el valor, el talento, hasta el genio de los ingleses, el de aquel Duque de hierro, principalmente, en quien se pretende acumular todas las glorias de la guerra de la Independencia. De ese modo, y asegurando con el aplomo con que ellos saben hacerlo, y con la buena fe que los distingue, que los españoles no revelaron en aquella lucha arrojo, ni abnegación ni patriotismo, y que carecían, ade-

más, de los recursos materiales más necesarios, podían esos historiadores decir á coro lo que anteriormente expuse: que «los abundantes socorros de la Inglaterra y el valor de las tropas anglo-portuguesas mantuvieron solos la guerra, y que la energía de Lord Wellington, resistiendo la furia de los franceses y contrarrestando la debilidad y la ineptitud de tres Gobiernos, salvó á la Península.»

Y ved qué de consecuencias no pueden sacarse de tal manera de exponer los hechos y de razonarlos. Un historiador portugués moderno, valiéndose de los mismos argumentos de Napier ú otros muy semejantes, y del de que los portugueses componían una gran parte, si no la mayor, de las tropas de la Gran Bretaña en la Península, viene, de razonamiento en razonamiento y de deducción en deducción, á pretender para ellos casi exclusivamente el honor de aquella guerra.

De modo que, descendiendo por esa escala, habríamos de acabar por deber nuestra independencia á un Berersford que regía á los portugueses, á un Pack, y á otros de los que dos años antes habían rendido sus espadas y banderas en Buenos Aires ante un puñado de marinos españoles y unos cuantos blandengues.

No: los libros ingleses podrán decir lo que quieran; el despecho inspirará á los historiadores franceses la idea de, asintiendo á las de sus eternos enemigos, manifestar un desdén, á veces ultrajante, á nuestros heroicos padres, declarándolos impotentes para resistir el aspecto sólo dé sus águilas; pero hay una cosa mil veces más elocuente que esos libros, mil veces más persuasiva que esas ideas: la opinión de los pueblos, formada en la escuela de la experiencia y de la desgracia. ¿Es que la impopularidad que llegó á tener la guerra en España entre los franceses se debió á los resultados de las batallas de la Coruña, Talavera y Salamanca, tan estériles como hemos visto? ¿No influiría más en la opinión general del pueblo francés el espectáculo de una nación toda levantada en armas y cuyos habitantes no mostraban al invasor más que semblantes torbos, siempre amenazadores, el hierro que había de herirle en vez de la mano, y sepulcros por hospedaje, aquel pelear de todos los días y de todas las horas con hombres impalpables pero que mataban, y con ejércitos que, al mes de aventados y destruídos, volvían de nuevo á su: vista, dispuestos á combatirlo y rechazarlo?

Y ¿qué es eso sino el resultado de una opinión unánime y de la resolución inquebrantable de sostenerla con las armas y la fuerza que dan la razón y la justicia en contienda tan santa?

Esa es, en efecto, la causa primera determinante del éxito alcanza-

do por los españoles; sigue á ella en influjo la guerra de Rusia y, después la intervención inglesa, más eficaz que por la fuerza de sus armas, por la moral que daba á España una potencia invulnerable en su seno y cuyas flotas mantenían libre nuestra comunicación con América y las Filipinas.

La victoria de las armas aliadas para sacar á salvo la independencia de España y Portugal acabó por ser completa, tan decisiva como brillante.

Siete años duró la lucha, y ninguna se ha visto más encarnizada en los tiempos modernos, llegando al de 500,000 el número de los imperiales muertos en ella, según Lemiére, Proudhon, y otros de sus compatriotas, por el recuento, sin duda, de los que cruzaron la frontera en Irún, Roncesvalles, Canfranc y la Junquera.

Ese cálculo da lugar á otro del mayor interés, elocuentísimo en nuestro propósito de esta noche: el de los franceses que perecieron á manos de los españoles, y el de los inutilizados por las tropas británicas. No fatigaré vuestra atención con detalles, siempre enojosos en estudios de la índole del presente, con la exposición de las bajas causadas por el ejército aliado en cada una de las batallas reñidas con el enemigo; sumandos que nos darían el total deseado; no: con dárselo en una sola cifra, obtendréis cuanto vosotros y yo podemos necesitar en nuestras recíprocas observaciones. Porque, al saber que esa cifra total no pasa de la de 80,000 hombres entre muertos en los combates y á consecuencia de ellos, y entre los prisioneros é inutilizados temporalmente para la guerra, vendréis en conocimiento de los muertos é inutilizados por los españoles y de la diferencia también entre la acción de unos y otros en esa parte, ya que no esencial, muy interesante en nuestro patriótico objeto. Ya que no pretenda atribuir al número, tan sólo, de las bajas causadas á los franceses en área tan vasta, el éxito de aquella guerra, tampoco he de renunciar á tomarlo como un dato más, no del todo baladí, en mi concepto, é insignificante para la resolución de problema tan complejo y trascendental.

Y ¿quién mató ese número enorme de franceses? «La Justicia de Dios brotando en ira,» como diría un gran poeta de este Ateneo, y la de un pueblo ofendido en los sentimientos más hondamente arraigados en el corazón humano: los de la religión, la patria y la familia, los del orgullo de raza, de la dignidad personal, de la arrogancia ingénita en, los españoles, justificados por una historia de las más envidiables. de Europa.

Vulnerados esos sentimientos de la manera y en la forma groseras que lo habían sido, clamaban venganza; y, no pudiéndola satisfacer nuestros padres por el camino de las grandes batallas, que le habían interceptado la ignorancia, más aún, la torpeza de sus gobernantes y la perfidia de los que se decían sus aliados y protectores, tomó el de todo espíritu animoso herido y desarmado, herido por la espalda, sin otro escudo que su corazón y sin más armas que el honor y el temor de perderlo. El que se sintió fuerte, sin distinción de edad ni estado, empuñó las primeras que pudo haber á la mano, blandiéndolas en las esquil-madas filas del ejército ó en las guerrillas según su educación, sus afi-ciones ó necesidades; el anciano, sin desalentarse por sus achaques, utilizó su experiencia aconsejando á la juventud los medios más eficaces para ofender; el sacerdote, su influjo, entonces omnipotente, para comu-nicar su ardor con las predicaciones más conmovedoras; y la mujer puso en juego todas sus pasiones y sus artes para dar noticias á sus allegados, desorientar al enemigo y sacrificarlo. Á impulso de tantas y tan diversas y activas fuerzas, ejercitadas, lo mismo que en el campo de batalla y en las ciudades y plazas de guerra, en las montañas, sus rocas y desfiladeros, en los caminos y los palacios ó chozas, alojamiento del invasor, éste se encontró muy pronto diezmado, con el desaliento en su ánimo y la flaqueza en sus fuerzas, sin descanso jamás para el espíritu y el cuerpo. Y la guerra de España se hizo tan aterradora para el soldado francés, y tan impopular en el seno de sus familias, ausentes y todo, que llegó á hacerse su cesación arma, en Francia, tan general como te-mible para el Imperio.

Dice Duvérine en su ya citado *Ensayo histórico*: «En 1812 cambió el aspecto de la guerra, y los franceses se hallaron reducidos poco á poco á la defensiva hasta el momento de evacuar por completo el ter-ritorio español. Uno de los obstáculos verdaderamente invencibles que se opusieron al poder de Napoleon, fué la guerra llamada *de guerrillas*, que no consentía reposo alguno á las tropas francesas é interceptaba de continuo los convoyes y las comunicaciones. Francisco Espoz y Mina, Juan Díez Porlier, Juan Martín Díaz (conocido por *el Empecinado*), fueron los jefes más importantes de aquellos cuerpos francos que, en toda la extensión de la Península, hicieron perder á los franceses más soldados que las grandes batallas. En vano daban y ganaban batallas; en vano ocupaban sus tropas las plazas fuertes: la rebelión se sostenía en todas partes. Si fuerzas considerables se dirigían á un lado, por otro, ménos guarnecido de tropas, se sublevaba de nuevo el, país: tal diferencia hay

entre una guerra emprendida por intereses políticos y una verdaderamente nacional. »

Es muy extraño que Duvérine no tome aquí en cuenta la cooperación inglesa. Extraño en el sentido de no considerarla como factor importante para el, éxito de la guerra, tratándola, por el contrario, como habréis observado antes y observarán principalmente los lectores de su obra, con un desdén que da á conocer la poca importancia que la concede. Pero allá va un voto de excepción, el del mismo Emperador, que no se cansaba de repetir más tarde: «Los españoles desdeñaron el interés para no ocuparse sino de la injuria; se indignaron á la idea de la ofensa, se sublevaron á la vista de la fuerza, y todos corrieron á las armas. Los españoles en masa se condujeron como un hombre de honor. Nada tengo que decir á eso sino que han triunfado...» Para los ingleses, en su cooperación, no ha hallado Napoleon otra frase que la avalore sino la siguiente: «Esa combinación (la de la guerra de España) me ha perdido. Todas las circunstancias de mis desastres vienen á enlazarse con ese nudo fatal: ha destruido mi moralidad en Europa, complicado mis dificultades y *abierto una escuela á los soldados ingleses. Yo soy quién ha formado el ejército inglés en la Península.*»

Si no temiera cansar vuestra atención, aun os ofrecería testimonios, tan elocuentes como ese, de historiadores autorizadísimos, de generales, sobre todo, que como Kellermann, Hugo, Lannes y otros muchos, pudieron fundar su opinión en la experiencia de aquella guerra; pero me satisfaré con el recuerdo de una polémica en que sé nos hizo también justicia de una manera verdaderamente caballerosa. Mr. Martin, coronel de un regimiento de coraceros de la Guardia en el segundo Imperio, insertó hacia fines de 1861, en el *Spectateur Militaire* unos artículos sobre los voluntarios ingleses, organizados por entonces, en que, para demostrar la corta utilidad que ofrecerían para la defensa de la Gran Bretaña, sacaba á plaza nuestros guerrilleros, y haciendo suyas las temerarias apreciaciones de Napier, atribuía también á las tropas inglesas y sólo á ellas el éxito de la guerra de la Independencia.

Encargado yo de contestarle en *La Asamblea del Ejército y de la Armada*, le hice, por primer argumento, observar que, «dicho aquello por un francés, que no veía más que guerrilleros en las tropas españolas, equivalía á confesar que 50,000 ingleses (número que Mr. Martin concedía, aun siendo en realidad muy inferior) vencieron y obligaron á repasar el Pirineo á más de medio millón de hombres de los ejércitos imperiales.»

¿Sabéis lo que contestó el coronel Martin después de cambiar la frase de Napier por la de que «A las tropas regulares de la Inglaterra y de España, para quienes las guerrillas no fueron sino auxiliares insignificantes, hay que atribuir la gloria de la independencia de la Península?» Pues oid: «Los ejércitos franceses fracasaron en la Península, á pesar del valor y las virtudes militares de que dieron tantas pruebas, porque los triunfos de los ejércitos son efímeros, y la opinión pública en definitiva alcanza siempre la última victoria. « Ya lo hemos dicho,—añadía el distinguido coronel:—no es ante las guerrillas ante las que tuvieron los franceses que repasar los Pirineos. Y ahora añadiremos: no es tampoco ante los ejércitos de España, ni ante los 50,000 ingleses de Wellington, por grandes que hayan podido ser la constancia de los unos y la habilidad de los otros: el ejército francés tuvo que retroceder ante la injusticia de su empresa; cedió ante un poder superior á todos los ejércitos del mundo, el poder del derecho. Y debía fatalmente suceder así, porque la independencia de un pueblo luchando contra el yugo extranjero no será jamás sino cuestión de tiempo; que hay una moralidad necesaria en las luchas de esa naturaleza, y, como de la opinión pública, la victoria deber ser del más justo.»

Y ahora me diréis, Señores: «¿Qué hubiera sido de España si Napoleón, antes de engolfarse en las estepas moscovitas, acudiera en persona á sofocar con todas sus fuerzas una `sublevación, que desde los primeros momentos se presentó tan general como decidida?»

Os diré con toda sinceridad: los ejércitos, lo mismo los ingleses que los españoles, se hubieran como evaporado á su presencia, sin fuerza para resistir el huracán que los impelería á las plazas del litoral; habría ocupado las más importantes y cuantas localidades representarían riqueza, administración, estado social y político; y, entre ellas, Lisboa, que no reúne condiciones de defensa contra un sitio en regla. Cádiz hubiera podido resistir por su situación especial y su topografía, acumulando allí los medios que le ofreciera la Nación y los que sus aliados se apresurarían á suministrarle, principalmente por el mar. Y eso bastaba, porque el país habría extremado sus esfuerzos, manteniéndose levantado en armas, cortando las comunicaciones, atacando los éonvoyes y los puestos débilmente fortificados, y negando sus frutos y sumisión y piedad al invasor; haciendo, en una palabra, imposible la ocupación tranquila que exige la conquista si ha de ser sólida y eficaz. ¡Cuestión de tiempo! como acabáis de oír en el elocuente escrito del coronel Martin.

Los sacrificios habrían sido de todo género, infinitos y cruentos; pero ahí está la historia, que no necesito recordaros, de nuestra patria, para comprender en qué número y de qué naturaleza los ha sabido hacer siempre que se le ha provocado á ello.

Sin acudir á sus páginas, apelad, Señores, á vuestra conciencia, y veréis cómo brota, de ella la idea generosa del desapropio de los españoles, de su abnegación, del orgullo, mejor dicho, de la vanidad, que constituyen su carácter. Registrad los pliegues más apretados de vuestro corazón, y hallaréis en la savia amarga que en ellos se esconde la ira patriótica que, como de los de nuestros padres, arrancará de vuestros labios su noble y tremebundo grito de *¡Guerra y venganza!*
